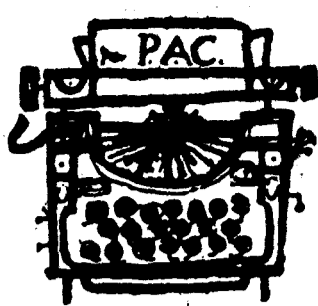


# La lección de la adversidad



La escasa población nicaragüense contó siempre, hasta principios de este siglo, con una tierra fértil y rendidora que le daba fácilmente de comer. Buena y bella tierra. Tiene razón Montezuma de Carvalho cuando dice que el paisaje nicaragüense es uno de los más bellos del mundo. Pero estos dos factores —fertilidad y belleza— de la tierra, que ciertamente han servido de tentación al nicaragüense para la indolencia y para una vida más imaginativa que real, han sido sobradamente contrarrestados por la misma geografía que nos ha deparado un lugar de adversidad y destrucción.

Todos sabemos, en historia y carne propias, lo que nos ha costado ser los habitantes del centro mismo de América: conquistadores, piratas, filibusteros, guerras nacionales, despojos, imperialismos, intervenciones. Pero, además, nuestro aparente paraíso está sostenido sobre los hombros de furiosos volcanes, dioses telúricos implacables que se encargan de borrar en nuestra historia lo que dejaron sin borrar las fuerzas salvajes del hombre. El nicaragüense no ha respirado sosiego nunca. Ha sido un constante exilado. Un pueblo exótico. Lo vemos, en los albores de su nacionalidad, salir huyendo de León, la primera Capital. ("El volcán vecino —dice el cronista— daba tan grandes bramidos, y tan espantosos, con terribles temblores, que se levantaba la tierra por unas partes hasta más de un estado de alto, dejándola con grandes grietas y aberturas"). Lo vemos, por esas mismas fechas, huir precipitadamente de Segovia, saqueada y destruida a fuego, no por volcán sino por los piratas. Cuatro veces en dos siglos tuvo Segovia que ser abandonada, hasta que se fundó Ocotlán. Cuando el incendio de Granada por Walker, le vimos también huir de los montes para regresar a la tarde a levantar sus techos en una ciudad en cenizas. ("Estamos levantando bajareques y ranchos entre los carbones", dice la carta de un familiar que conservo en mi archivo). Lo mismo pudieron haber escrito los habitantes del puerto del Realejo en la Colonia, o los de Chinandega, cuando la última guerra civil. Lo mismo los de Managua en 1931 o los de hoy en 1973. Nos asedia la destrucción. Hemos sido formados por la destrucción.

¿Qué significa el reto de la destrucción en la formación de un pueblo? —Arnold Toynbee, al hablar del "estímulo de los impedimentos" recurre a dos ejemplos: Vulcano y Homero. Hefesto o Vulcano era un cojo en una sociedad guerrera. Un impedido. Sus piernas no lo podían llevar a la batalla, pero este impedimento desarrolló en él una destreza manual: se convirtió en el gran forjador de armas de su pueblo y con eso sus compañeros fueron tan dependientes de él, como lo fue él de ellos. Homero también perteneció a una sociedad guerrera, pero era ciego. No podía siquiera usar sus manos en la fragua; sin embargo, reaccionó utilizándolas para tocar un arpa en armonía con su voz, y utilizando su mente para crear la poesía de las hazañas de su pueblo. Sus poemas eran los que pregonaban la fama de los guerreros, quienes de este modo también dependían de él, como él de ellos.

La destrucción de un órgano o facultad es compensada por la especialización o el desarrollo de otro. En otras palabras: el hombre acicatado por la adversidad tiende a saltar a niveles más altos que el hombre a quien la vida ha mimado con toda clase de comodidades.

La adversidad ha producido más civilizaciones que la facilidad y la holgura. Los Mayas surgieron luchando con una selva agobiante. Israel se formó en el desierto. La Hélade entre las rocas y ásperas. Cuando Ciro redondeó su imperio, algunos consejeros le sugirieron que

trasladara su capital a tierras más feraces. —"Las comarcas suaves, les contestó, invariablemente producen hombres suaves".

Cuando un pueblo sufre como una constante histórica, la adversidad y la destrucción, reacciona desarrollando una mayor capacidad creadora, un sentido más hondo de solidaridad, una mayor voluntad de trabajo y un temple superior, estoico.

Si estudiamos la literatura nicaragüense —expresión literaria de un pueblo culturalmente devastado— vemos apuntar con fuerza la característica creadora. Casi no hemos tenido, como los tienen México y Colombia, literatos tradicionales. Salimos a la palestra con el mayor revolucionario que ha tenido la lengua castellana: con Rubén Darío. Para un Enrique Guzmán —conservador del idioma— tenemos docenas de poetas en las avanzadas más extremas de la creación y de la invención. Nuestra expresión literaria ha sido más solicitada por la aventura que por el orden. Si la destrucción no nos ha permitido conservar, creamos. En cierta manera el Momotombo es culpable de Darío, como la ceguera lo es de Homero.

En cuanto al temple del nicaragüense, en cuanto a su energía y voluntad de trabajo y a su natural espíritu de solidaridad, no necesitamos recurrir al pasado cuando innumerables periodistas y visitantes extranjeros lo han testimoniado en sus escritos y reportajes sobre la reciente catástrofe. "They are a remarkable people" dice un periodista norteamericano. "Yo vi a esta gente —dice otro reportero— reaccionar con una serenidad y resignación que la confundí con el fatalismo en los días de la tragedia. Hoy que regreso a dos meses del sismo, la ola de actividad que envuelve a Managua y el espíritu de recuperación que la anima, me obligan a rectificar: no era fatalismo sino valor admirable que, apenas superó la desgracia, ha estallado en energía y trabajo".

Sin embargo, la formación que opera la adversidad es una labor en bruto que necesita completarse con la cultura y la política. Es muy fácil que se volatilice la fuerza de presión de la adversidad sobre un pueblo, si su política y su formación cultural lo fuerzan en dirección contraria. Si se le imponen, por ejemplo, estructuras injustas que alienen el egoísmo; si se aplasta la iniciativa creadora con un centralismo opresor; si se desalienta la energía reconstructora con la deshonestidad administrativa; si en vez de fomentarse la solidaridad y el espíritu comunitario, vuelve a caer sobre los hombros del pueblo —ya llagados por los escombros— la explotación y la tiranía. Entonces el cojo, en vez de hacerse herrero, se hará mendigo o ladrón. En vez de Vulcano produciríamos a un delincuente.

Porque no debemos olvidar nunca que del terremoto también brotó, como pus, en abominable abundancia, ese "otro" nicaragüense de alma canalla, insensible al dolor de sus hermanos, capaz de arrebatarse sus alimentos y sus pobres enseres al necesitado o de convertirse en hiena ante la muerte del prójimo. En todo siniestro se dan esos brotes de perversidad humana (la destrucción también produce perversidad y barbarie); pero entre nosotros, esta vez, lo podrido alcanzó niveles alarmantes. Reveló una descomposición tan profunda y profunda que sería suicida ocultarla. Porque esa descomposición no es espontánea sino el resultado de todo un conjunto de causas. El resultado de una "contra-educación", de una "anti-política", de una "de-formación" que tenemos que rectificar y corregir RADICALMENTE. o el nicaragüense que predominará en poco tiempo será ese "otro" que vimos entre los escombros: inhumano devorador de sus semejantes.

PABLO ANTONIO CUADRA